

SISIFO O EL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

FERNANDO URICOECHEA

Para el lector latinoamericano, el artículo de A.A. Laquian "El rutero de la ciencia: Ciencias Sociales en Africa Oriental" (CIID Informa, Vol. 8 No.4) suscita una serie de reflexiones que lo llevan a confrontar el estado de las ciencias sociales en aquella región con el de los países de la propia.

Nadie puede desconocer que el desarrollo institucional de las ciencias sociales en América Latina está lejos de haber llegado a un grado de madurez que le permita considerar los problemas de Africa Oriental como algo del pasado. Tampoco se puede ignorar que la situación general de la ciencia social en América Latina difiere considerablemente de la de Africa. La pregunta es, entonces, dónde comienzan las semejanzas y dónde las diferencias de las dos situaciones como para justificar un análisis comparativo entre ellas? Problemas de esta naturaleza siguen siendo *prácticos* entre nosotros, y justamente eso es lo que me lleva a hacer algunas observaciones de carácter también práctico.

Me gustaría comenzar con una bastante general, pero no menos pertinente, sobre la especificidad de las ciencias sociales en ambas regiones. La diversidad de situaciones, no excluye una notoria identidad en su problemática. Tanto en Africa Oriental como en América Latina, el problema más urgente de las ciencias sociales se vincula con el desarrollo institucional. Se intenta, en ambos casos, crear una institución, una empresa colectiva, una comunidad científica de investigadores en ciencia social cuyo estímulo para el trabajo esté suficientemente garantizado no solo

por la existencia de recursos suficientes, de una agenda de trabajo clara e inteligente con una productividad relativamente constante, colectivamente divulgada y socialmente reconocida, sino también por la existencia de una infraestructura organizacional que, mediante la institucionalización del papel del científico social y un sistema de posiciones, permita la continuidad estable y la autorreproducción de tal empresa.

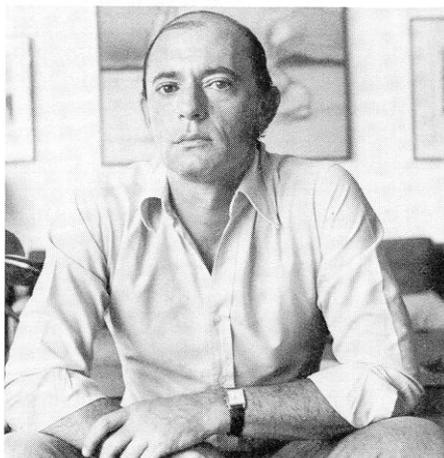
Eso es lo que, a mi manera de ver, significa el desarrollo institucional en las ciencias sociales. Ese es el orden de preocupaciones que transpira el trabajo de Laquian. Y es esa, finalmente, la serie de asuntos que debe resolver América Latina para alcanzar un desarrollo sostenido de sus ciencias sociales.

El prodigioso desarrollo de las ciencias sociales en Europa y en Estados Unidos, por ejemplo, no tiene nada que ver con una presumible superioridad

genética de sus científicos sociales o con una superioridad de inspiración o intuición indispensables para la creatividad científica. Cualquiera de tan groseras interpretaciones olvida que el fenómeno a explicar no es la conducta individual del científico social sino el de la ciencia. Ninguna de estas interpretaciones podría responder por los cambios institucionales de importancia ocurridos en las ciencias sociales latinoamericanas en menos de dos generaciones.

Volviendo a Africa y América Latina, los dos casos no presentan solo una identidad de problemáticas en apariencia sorprendente. Existe, también, una identidad en la diversidad. En efecto, tanto en una región como en la otra conviven diversos estadios de desarrollo de las ciencias sociales. La misma heterogeneidad que se observa al comparar el progreso de la ciencia social en Africa Oriental y en los países del sur africano, la encuentra cualquier observador desprevenido al comparar el desarrollo de la ciencia social en México, Brasil o Argentina con la situación reinante en países como Colombia, Venezuela o los centroamericanos.

Son estos aspectos los que deberá tener en cuenta cualquier esfuerzo de cooperación internacional para la promoción de las ciencias sociales en América Latina. En primer lugar, al definir políticas de cooperación la prioridad debería adjudicarse al apoyo de iniciativas que redunden en la institucionalización progresiva de las organizaciones científicas regionales. Solo los efectos multiplicadores del apoyo a empresas de carácter individual justi-



fican racionalmente el empleo de recursos, por naturaleza escasos, en tales fines. En segundo lugar, estas políticas deben ajustarse a las peculiaridades del país beneficiario.

Es un hecho incuestionable que las necesidades y la escala de prioridades para la ejecución de una política de desarrollo institucional tiene un "perfil" diferente en cada país latinoamericano. Hay un grupo de países, entre ellos México y Brasil, por ejemplo, donde el circuito de instituciones científicas revela la existencia afianzada de una práctica investigativa continua, compleja y autosostenida. Y son justamente esos países, los que exhiben mayor conciencia sobre la necesidad de promover una ciencia y una tecnología nacionales. Existe ya en ellos una red numerosa de centros de investigación, de órganos de divulgación y de mecanismos de comunicación con la comunidad científica internacional que atestiguan la institucionalización de un proceso serio y genuino de desarrollo científico endógeno.

Hay otro grupo de países, entre los cuales se pueden mencionar Colombia, Venezuela, Perú y la comunidad centroamericana, con un parco desarrollo de las ciencias sociales. Independientemente de sus respectivas tradiciones de trabajo científico, lo que caracteriza de manera general a este grupo es el precario grado de institucionalización de la actividad científica en ciencias sociales.

Típico de las vicisitudes de este proceso son el número de esfuerzos colectivos frustrados para establecer centros y programas de investigación con criterios de pertinencia científica independientes de los criterios inmediatistas que habitualmente acompañan a los fondos otorgados para este fin; la dolorosa "fuga de cerebros"; la penuria económica de los programas de postgrado; la frecuente separación oscurantista entre "investigación" y "teoría"; el alejamiento, no menos frecuente, del movimiento científico internacional con el consiguiente provincianismo y pobreza de la ciencia nacional; la escasez de facilidades para la divulgación de trabajos y para la interacción científica mediante congresos, seminarios y otras formas de asociación; y, finalmente, la carencia de los implementos básicos como libros, revistas y publicaciones internacionales.

Otra de las características importantes del segundo grupo de países es la inexistencia de una estructura educativa que garantice la reproducción de sus cuadros intelectuales en la cúspide. Así, mientras Brasil y México cuentan desde hace décadas con programas de postgrado a nivel doctoral que hacen innecesaria la salida de los jóvenes científicos para culminar su entrenamiento, y que permiten, además, la reproducción independiente de los cuadros, ninguno de los países del segundo grupo cuenta, en cambio, hasta donde yo sé, con programas de doctorado en estas disciplinas, y ni siquiera en aquellas que, como la

economía, poseen una tradición académica mucho más prolongada que la antropología o la sociología.

¿Cómo crear y fomentar, entonces, las condiciones propicias para la reproducción y el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina? ¿Qué tipo de criterios deberían orientar la definición de políticas de cooperación internacional para su fomento? Si lo expuesto hasta ahora se ajusta de manera efectiva a las condiciones objetivas reinantes, se desprenden por lo menos dos principios de orientación en la definición de tal cooperación.

El primero sería aquel que fijase como prioritario el examen de la repercusión social o, si se quiere, institucional de la ayuda. Una cosa es financiar un conjunto de proyectos de investigación institucionalmente desarticulados que —no importa cuán valiosos científicamente— pulverizan y desagregan el impacto cooperativo, y otra cosa es concentrar la cooperación en los eventuales focos de actividad científica organizada que se aglutina alrededor de centros de investigación que generalmente cuentan con

El problema más urgente de las ciencias sociales se vincula con el desarrollo institucional

precaria financiación. Este principio, en resumen, otorgaría prioridad a los proyectos que se agreguen a los esfuerzos colectivos de grupos nacionales de investigadores y científicos sociales.

El otro principio sería tomar en cuenta el tipo de país al cual se dirige la ayuda.

En el primer grupo de países mencionado en América Latina, donde la ciencia se ubica en estadios más altos de desarrollo y autorreproducción, la aplicación de ambos principios ofrecería la posibilidad deseable de diseñar estrategias de cooperación que varíen según la clase y el "perfil" de cada uno de sus integrantes. Estrategias nacionales variadas, antes que una estrategia internacional uniforme, sería un procedimiento para maximizar los beneficios de la cooperación.

Hay un aspecto importante para obtener la máxima utilidad de la cooperación internacional, el cual, aunque orgánicamente relacionado con los puntos anteriores, escapa con frecuencia a la percepción de los organismos internacionales. Se trata del *institution*

building, que debe procurar habilitar a los países beneficiarios para transformar una variedad de esfuerzos fragmentarios de investigación en una empresa colectiva que convierta las actividades individuales agregadas en una comunidad científica con un espacio institucional propio de carácter colectivo. Cuando la práctica investigativa asume esas características *sociales* puede decirse, con confianza, que el problema de *institution building* está razonablemente resuelto.

En la práctica, sin embargo, esa idea se desfigura en otra diferente: el apoyo a los proyectos "prácticos" que no "despilfarran" los escasos recursos. Se olvida la idea básica de fomentar esfuerzos de investigación que, por sus efectos, agreguen y multipliquen la actividad investigativa científica, para dar paso a proyectos de efectos eminentemente "prácticos" (nuevas variedades, innovaciones tecnológicas, etc.). Desde luego, nadie está interesado en cuestionar la utilidad social de muchas de esas empresas. Pero no veo cómo ese tipo de investigaciones pueda constituir un elemento fundamental en el *desarrollo de instituciones científicas*. Aunque tales actividades se basan originalmente en algún tipo de investigación teórica o experimental, y pueden llegar a contribuir fragmentariamente a una actividad científica nacional, se olvida, sin embargo, que el objetivo original es el *fomento científico* no técnico. Se observan, sin duda, en estos casos los rezagos de una ideología científica pragmática, oculta en la premisa de que la investigación "buena" es aquella que produce resultados de utilidad social "inmediata".

Socialmente, en términos de los intereses nacionales a largo plazo, es más provechoso el fomento a investigaciones que dinamicen la socialización de la ciencia, es decir, su transformación en una institución social, que el de investigaciones que produzcan resultados materiales inmediatos. Es mucho más probable que, *coeteris paribus*, un país con instituciones científicas desarrolladas produzca mejores variedades de maíz a que un país con mejores variedades de maíz produzca buena ciencia. Sin ánimo de criticar lo que representa un genuino esfuerzo de cooperación por parte de los organismos internacionales, es necesario observar que esa política, cándidamente miope, representa una forma sutil de paternalismo científico.

Llevando el argumento a su límite extremo, podemos afirmar que de no tomar en cuenta todo esto, los esfuerzos de cooperación científica, independientemente del volumen de recursos invertidos, serán tan infructuosos como los de Sísifo, independientemente del tamaño de la roca que empuja cuesta arriba. Solo que, a diferencia del caso griego, no existe, por fortuna, ninguna determinación dramática que impida la redefinición del concepto de ayuda internacional y, con ello, una auspiciosa superación de las determinaciones anotadas. □